



Jornades de Foment de la
Investigació

**EL LUGAR DEL
PSICOANÁLISIS
EN LA CIENCIA Y
EN LA SOCIEDAD
ACTUAL.**

Autors

Elena SALVADOR.

El título de mi exposición puede llevar a cierta confusión si no explico las coordenadas en las que se inscribe. De un lado la palabra “lugar” quiere dar cuenta de la posición que el psicoanálisis tiene en relación a otros discursos científicos, pero a lo largo de la realización de este trabajo no sólo pretendo situar el discurso analítico sino también aportar las “respuestas” del psicoanálisis ante los malestares más patentes del siglo XXI, que acabamos de empezar.

¿Qué es el psicoanálisis?. El psicoanálisis es una ciencia, que posee una teoría y un método que permiten el conocimiento y la transformación de su objeto en una práctica específica. Desde luego nos recuerda a la estructura de toda disciplina científica. Pero debemos reconocer el desplazamiento y la resistencia contra el psicoanálisis del lado de la ciencia y de la Universidad positivista. Sigmund Freud fue su creador y fundador, ya que tuvo que construir toda la teoría psicoanalítica valiéndose de términos filosóficos y en ocasiones poco científicos, propios de aquella época.

La razón occidental vivió en el siglo XIX el nacimiento de “tres hijos ilegítimos”, Marx, Nietzsche y Freud, que desde esa mismo racionalismo vienen a contradecir todo el “habeas hábeas” cartesiano y kantiano. Freud ha influido en todo: en lo histórico, en lo económico, en la metafísica, en el arte, la literatura.... El Psicoanálisis en tanto que praxis y teoría ha derivado en muchas cosas: la represión, la renegación y la forclusión, es decir nos lleva a un retorno. Es el retorno del inconsciente, ese extraño que sólo se puede escuchar. La cura por la palabra, verdadera revolución iniciada por Sigmund Freud que tiene unos antecedentes muy claros en la historia de la psiquiatría, de la literatura, de los modos de producción y de los planteamientos filosóficos del siglo XIX, ha sido capaz de adecuar sus investigaciones a los cambios producidos en el siglo XX.

Desde el estudio de las humanidades ¿qué podemos decir del psicoanálisis? El ser humano es el resultado de un constructo social, y afirmamos que somos seres para el aprendizaje. Entre polis (política) y paideia (educación) encontramos la psique. La naturaleza política del psicoanálisis radica en su actividad en la práctica. Y el objeto de ésta es la autonomía de los seres humanos. Su punto de partida es la necesidad de individuos autónomos en una sociedad autónoma. El psicoanálisis como actividad práctica no puede enseñarse, debe ser aprendido por la propia experiencia del dispositivo. Pero el psicoanálisis si puede contribuir a compartir el saber y a ayudar al sujeto a alcanzar la autonomía. Esta es una actividad creativo-poética.

El estatuto de la razón y el lema de la Ilustración es alcanzar la mayoría de edad, pero la globalización viene a dar un giro en el significado de razón: razón instrumental frente a razón emancipadora. El descrédito del psicoanálisis se debe a un síntoma del pensamiento débil frente al pensamiento fuerte. Una manifestación de compromisos débiles frente a compromisos fuertes. Y en definitiva, un reflejo de la hegemonía de las ciencias positivas frente a las ciencias sociales. El psicoanálisis también tiene límites al no existir un ser humano no socializado, eso supone un límite en la teoría y en la práctica.

Y de vuelta lo que el psicoanálisis nos puede responder a los humanistas, es la vuelta a la polis, reconstruir la ciudadanía y el regreso de la vinculación social desde la autonomía.

El superyo cultural, es el discurso del Otro con mayúsculas, del inconsciente, ¿y cómo captarlo? Mediante el lenguaje, este no es una superestructura es una infraestructura, es decir está en la base de toda construcción social o invento. Mediante el lenguaje nos expresamos y damos sentido a nuestra existencia, decimos “yo soy”, o creamos la ley “no matarás”, y expresamos síntomas “tengo miedo”.

La globalización de los mercados y sus efectos sobre la identidad está produciendo cambios en lo social que nos hacen empezar a ver sus consecuencias en las respuestas particulares de los sujetos. Muchas de las problemáticas actuales se arraigan en la pérdida del marco de referencia y sus efectos toman forma de distintas patologías psíquicas de difícil abordaje terapéutico.

El discurso o antidiscurso capitalista, es el discurso del amo. El discurso capitalista, no crea vínculos sociales entre sujetos y los sujetos devienen objetos, provocando la destrucción o anulación de la experiencia, llegando así a exclusiones y forclusiones, un buen caldo de cultivo para lo psicótico.

Nos regimos por medios de producción, por un lado tenemos el trabajo que a su vez se encuentra en el circuito de la producción, y por otra lado hay que ser sano y eficaz. Pero dentro de los modos de producción, también interesa “la depresión”, tanto en el plano económico como político: “voy de compras, luego existo”.

DROGAN A UN NIÑO

La demanda toma hoy formas en un marco donde el esfuerzo de los profesionales se diluye ante el espejismo de la existencia de otro reparador que podría satisfacerla. Las estructuras sociales, sanitarias, asistenciales, educativas, se enfrentan a nuevas formas del síntoma que requieren un estudio detallado de las causas y de los efectos de la intervención.

Las prácticas que estoy realizando en mi último año de carrera están dedicadas a la asistencia a un instituto de educación secundaria dentro de un Programa de Garantía Social. Mi trabajo y aprendizaje en estas clases no sólo es la enseñanza básica necesaria para un adolescente de 17 años que no ha conseguido obtener ningún título que lo capacite para el trabajo, sino más bien educar y escuchar. Pero un escuchar en el que ellos se sientan parte de lo que dicen porque hay alguien en el otro lado que les escucha tras muchos años sin ser escuchados. No hacerlos objeto de mi deber, sino hacerlos sujetos de su deber.

Una nueva problemática actual es el malestar en los niños y con ello la abusiva prescripción de fármacos que reciben. Son muchos los jóvenes que manifiestan su malestar, acuden a profesionales de la medicina y los atiborran de prozac. ¿Qué se consigue con ello? Una anulación de la palabra. Ya no hay lugar para la queja y el remedio se convierte en algo peor que la enfermedad. Existe por tanto una actitud imperialista frente al malestar humano. La medicación feroz se convierte, en muchas ocasiones, en prácticas inadecuadas protegidas por la industria farmacéutica en el que su único objetivo es su beneficio económico. La medicación tiene aquí un papel de erosión, elimina la palabra y la transferencia, aquello que debería ser para la psiquiatría el fundamento del discurso de que “el sujeto es”. Hoy en día la palabra estorba, tanto para el médico como para el psiquiatra, ya que en el sistema actual de sanidad no hay tiempo (un paciente cada 5 minutos), y con ello no hay lugar para la escucha y para la queja que no se puede verbalizar por lo que un “otro” con minúscula viene a decir lo que te ocurre. Y el sujeto pasa del discurso al medicamento, lo que me permite decir que los medicamentos son “la falta en ser”. El niño que sufre queda sustituido por medicamentos, y la prevención (al igual que las guerras preventivas) mediante medicamentos es mayor síntoma de la sociedad actual. Tan necesario es sufrir, el “pathos” manifestación del ser, como el tener momentos felices. Ambos son necesarios para entender y comprender la vida. El pathos y el eidos son las dos caras de una misma moneda, y no podemos pretender borrar de la esfera de lo real ninguna de ellas. Como en el caso del duelo, un duelo es para pasarlo (mejor o peor) no para omitirlo con pastillas de la felicidad.

Escuchar al niño es el primer paso, componer el mapa de su estructura familiar y comprobar si existe un déficit y si existe un desplazamiento de la afeción.

Vivimos un momento de narcisismo y nazismo por parte de los políticos, lo que podríamos llamar “narcinarzismo”. Las guerras actuales al igual que las del reciente siglo pasado, son cada vez más feroces, han creado y crean víctimas civiles y sobre todo mujeres y niños. Pero la realidad que sustenta este sistema actual viene provocada por la industria de las armas apoyado en el discurso de la ciencia, y el psicoanálisis es impotente frente a la guerra. El drama neurótico del siglo XXI es el del inconsciente debilitado y limitado en donde el síntoma se convierte en el único refugio. El discurso capitalista es el único que ha cambiado desde Freud a nuestros días. El discurso ya no es generacional (de arriba a bajo) ahora ya no hay un padre, hay un símil (vía Internet o la televisión), y el discurso queda horizontal, todo tiene un mismo valor; el padre, la televisión o Internet.

La intolerancia ante la diferencia, el aumento de la esperanza de vida, el maltrato psíquico, la problemática del menor, las diversas respuestas individuales ante los fármacos de nueva generación, las dificultades del sistema educativo, la destrucción personal, familiar y colectiva en amplias capas sociales, los efectos de la moda, las adiciones, las depresiones, el llamado estrés y las crisis de pánico, etc., son problemas que necesitan de una nueva perspectiva, para ser abordados eficazmente.

El discurso capitalista sobre la psiquiatría actual está invirtiendo el sentido, el psicofármaco precede al término. La droga tiene primacía sobre el diagnóstico. Este no fomenta la palabra por tanto no hay transferencia. En el psicoanálisis primero es la transferencia y después el diagnóstico. El diagnóstico se convierte en una lista interminable de fenomenología y resulta del fantasma del diagnosticador. Un buen ejemplo es el canon lingüístico de DSM 4 que categoriza y pone etiquetas al malestar: manifiestas tu malestar, lo introducen en el test, y el test te diagnostica tu enfermedad como si fuéramos máquinas perfectas, sujetos objetivados por la ciencia en la que no hay lugar para la subjetividad del individuo, sin embargo yo afirmo que el sujeto existe y que es un sujeto dividido entre lo consciente y lo inconsciente.

Respecto a la palabra transferencia, quizá para algunos desconocida, he de decir que podríamos traducirla por “amor”. Para ello debo de recurrir a una obra clásica de Platón: “El Banquete”, en el momento en que Alcibíades y Sócrates tratan de definir qué es el amor, y concluyen diciéndonos que “amamos a aquel que nos supone un saber”. Por ello una de las cosas que sostiene el saber del psicoanalista (éste colocado en la posición de Sócrates), es el lazo amoroso entre el analista y el analizante y de ahí surge la transferencia.

Podemos concluir que el lugar del psicoanálisis en la ciencia, en la universidad y en la sociedad actual, aunque parezca desplazado, tiene lugar para la pregunta del sujeto. La respuesta del psicoanálisis, a grandes rasgos, es la palabra. Y es que el hecho de hablar produce efectos en el cuerpo viviente y determina la responsabilidad del lazo social.